Carta del feligrés

La Iglesia Santa Teresita y la parábola de los dos hermanos y el padre bueno.

Acostumbro a tener una montaña de libros por leer. Muchos son regalos, otros son compras por referencias o por estar muy demandados, o hasta por tener una portada que me engatusó. El regreso del hijo pródigo de Henri J.M. Nouwen "se coló" y llegó virtualmente sin portada que apreciar.

El regreso del hijo pródigo describe la aventura espiritual y las meditaciones del autor ante un cuadro de Rembrandt, quien escenifica su interpretación de la parábola del mismo nombre, relatada en el Evangelio de Lucas, capítulo 15, versículos 11 al 32, y que trata –lo sabemos casi de memoria- sobre el recibimiento de un padre misericordioso a su hijo menor arrepentido, al volver al hogar que había abandonado y rechazado, ante la mirada acechante y atónita de su hermano mayor.

Al reflexionarlos –libro y cuadro-, debo reconocer las tantas veces que he sido el hijo pródigo, y cuantas veces más he sido también el hijo mayor. Rembrandt y Henri J.M. Nouwen también lo reconocieron, y con mucha anterioridad. Recuerdo toda aquella negación a la verdad irrefutable de que pertenezco a Dios con todo mi ser y el abandono de Su hogar, reclamando y gritando "libertad", viviendo para mí mismo y buscando en hogares lejanos un dizque amor bajo diferentes disfraces: placer, arrogancia, pereza, orgullo, displicencia, mentiras, etcétera, y sin reflexionar que "una falsa autonomía conduce a la esclavitud:…" (Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, capítulo 7, El Mensaje de las Parábolas y sobre "la parábola de los dos hermanos y del padre bueno"). Me convertí prontamente en siervo y en esclavo. Y, cuando "ya había gastado todo…." (Lucas 15, 14), lleno de vaciedad, humillación y derrota, me restaba clamar por su amor y perdón. Dios me ha perdonado porque soy su hijo, y me ama.

Carta del feligrés

El hijo mayor ya es “otro cantar” y mucho más peligroso. Y sí que lo he sido y soy. Cuanto más generoso he querido ser, más me atrapa la ira y el rencor. El desinterés viene acompañado con una obsesión de reconocimiento. Si doy todo para que algo salga bien, refunfuño del desinterés de los demás. Cuando logro vencer mis tentaciones, más envidia siento por los que ceden a ellas. En mi mejor versión, se encuentra también un alma resentida. Para todo ello caben tanto confianza como gratitud. Confianza de que mi Padre me quiere en casa, que saldrá a buscarme y que no descansará hasta encontrarme. Gratitud de que todo en la vida es puro don, pues donde existe absoluta gratitud, no puede coexistir el resentimiento, y que hasta los ratos amargos son regalos del Señor.

Una vez conocidos los pecados de este hijo mayor y menor a la vez, me pregunto cuándo, cómo, y quién o quiénes me han mostrado las manos del Padre en el abrazo misericordioso del recibimiento. Solo me cabe una respuesta: mi iglesia más cercana, aquella que me acerca a los sacramentos y a la maravillosa liturgia.

No es que cierta iglesia de una parroquia sea las manos del Padre, pues a cada hijo pródigo y a cada hijo mayor les corresponde agradecer por aquella a la cual acostumbra asistir o en la cual es recibido, la que le provee de aquel cariño y afecto, y que le hace conocer la felicidad del Padre por el regreso, que le hace saberse amado. En mi caso, desde ya y siempre el agradecimiento a la Iglesia Católica -de la cual formamos parte todos-, a la Iglesia Santa Teresita y su comunidad: sus sacerdotes, sacristanes, guardias y todos aquellos que colaboran día tras días.

Alejandro Minuche